



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condicion hacer la suscripcion por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 13.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Abril de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

La locura de la Cruz, por don Francisco Diaz Carmona. —Calvario y Redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. —La Resurreccion del Señor, poesía, por don Antonio Aparisi y Guijarro. —La Lccion de una hermana.

Con el mayor gusto publicamos el siguiente articulo, con que su autor el eminente literato D. Francisco Diaz Carmona, honra las columnas de nuestra revista.

Llamamos sobre él la atencion de nuestros lectores, los cuales no dudamos que admirarán, como nosotros, este notable y magnifico trabajo.

LA LOCURA DE LA CRUZ.

El orbe católico acaba de celebrar un solemne y tristísimo aniversario, recuerdo de una escena dolorosísima y sangrienta, consumada hace ya centenares de años.

Un galileo que muere en una Cruz: ved aquí la escena.

Una muerte que ocurrió hace mas de mil ochocientos años: ved aquí la fecha.

¿Qué tiene de particular, de asombroso, de único aquel suceso, para que al cabo de diez y nueve siglos, haga palpar de dolor millares de corazones, y arranque á millares de ojos manantiales de lágrimas inagotables?

¿Qué hay de comun entre aquel galileo y nosotros, y nuestros padres, y nuestros abuelos, hijos de otra raza, habitantes de otros climas, educados en otras costumbres?

La filosofía moderna al encontrarse enfrente de este hecho, se encoge de hombros, se sonríe con cierta mirada compasiva, y sale del paso pronunciando con soberano desden su palabra sacramental: *fanatismo*.

Pronunciar esta palabra es declarar el asunto fuera de discusión: mejor dicho, indigno de la discusión de hombres sabios y de espíritus fuertes.

Porque al fin y al cabo el fanatismo es la locura, los que lo practican son locos, y ¿quién ha pensado nunca que un loco tenga razon?

Es verdad que el género humano ha sido víctima de tal demencia por espacio de diez y nueve siglos; pero ¿qué importa? eso quiere decir que el mundo entero es y ha sido siempre una jaula inmensa, un vasto manicomio.

Salvemos, ante todo, con la filosofía los fueros de la razón.

Digamos que es verdaderamente una necesidad impropia de generaciones ilustradas el enternecerse, el llorar, el gemir, porque muriera allá en tiempos remotos y en un rincón de Palestina un pobre judío, hijo de un carpintero, y amigo inseparable de doce pescadores ignorantes.

Digamos que la obra más meritoria de la ciencia consiste en desterrar esas viejas reliquias de una fe ciega y pertinaz, que se empeña en disputar con ilusiones inverosímiles sus altos privilegios á la razón del hombre.

Digamos, en fin, con la crítica moderna, que la vida, los milagros, la muerte, y el carácter divino que se atribuye á aquel pobre galileo, no son más que un tegido de fábulas, con que sus doce oscuros discípulos sorprendieron y engañaron al Areópago en Atenas, á los sabios en Roma, á los filósofos en sus escuelas, á los retóricos en sus cátedras, haciéndoles aceptar como verdadera una doctrina aprendida y enseñada, ¡qué ignominia! al pie de un patíbulo infamante.

Pero el hecho es, después de todo, que aquella necesidad, aquella ilusión no se ha borrado todavía del corazón de los hombres; el hecho es que la ciencia no ha logrado desterrarla, y que la doctrina impera, como imperó ayer, como imperó al principio, y que hoy, á los diez y nueve siglos, el género humano, á pesar de la ciencia, de la filosofía y de la crítica, se empeña en que aquella doctrina es la única verdadera, y en que aquel galileo era Hijo de Dios, y al recordar sus tormentos y afrentosa muerte, llora y gime y se entenece, como si estuviera presenciando la catástrofe sangrienta.

¡Explicad, si podeis, esta aberración de la raza humana!

Alejandro murió, dejando escapar de sus manos moribundas un imperio gigantesco, que al caer se fraccionó en mil pedazos, como un vaso de cristal que choca contra el suelo.

¿Quién se acuerda ya de Alejandro, ni de su imperio, ni de sus legiones victoriosas?

Demóstenes conmovió las playas sonoras de la Grecia con los ecos de su varonil elocuencia; Sócrates y Platón y Aristóteles dejaron caer desde lo alto del Pórtico los torrentes de la más sublime sabiduría.

¡Esfuerzos vanos! La elocuencia del uno, la sabiduría de los otros, son cuando más hoy las delicias de algunas docenas de eruditos y el tema obligado para las disertaciones de unos cuantos retóricos.

¡César, Carlo-Magno, Luis XIV, Napoleón, Cenizas frías que duermen el sueño eterno del

olvido en ese gran panteón que se llama la Historia.

Ved aquí el epitafio que la mano del desengaño ha escrito sobre sus tumbas, con las inspiraciones del genio.

Arcos, templos y Césares murieron

Y aun los libros que de ellos se escribieron.

Pero ¡ah! sobre esas ruinas, sobre esas figuras, sobre esas legiones innumerables de grandes conquistadores, de grandes sabios, de filósofos inmortales, que se disputan la admiración de los siglos, levántase ¡quién lo dijera! aquel pobre judío, aquel oscuro ajusticiado, que desde la Cruz conquista no un pueblo, sino todos los pueblos, y cuyos padecimientos y muerte hacen resonar con sollozos los cuatro ángulos del universo.

La humanidad entera se viste de luto en este solemne aniversario; las ciudades quedan desiertas, como si una desgracia ó un sentimiento público las dominara, y en el fondo de los templos se oye la voz grave y doliente del sacerdote, que habla á la muchedumbre silenciosa de no sé qué dolores sin consuelo, de no sé qué afrentas inexplicables, de cierta Cruz infamante y de una pobre Madre que, solitaria como el lirio de los campos, contempla entre sus brazos el cuerpo exánime de ese galileo.

Y la muchedumbre se agita, y se conmueve, y llora olvidada de sus propios dolores, en presencia de la agonía suprema del Hijo y del dolor supremo de la Madre.

¡Fanatismo! ¡superstición! dice el espíritu fuerte de los filósofos modernos.

Pero ved una cosa aun más admirable todavía: ¡Ved la obra del fanatismo y la superstición consumándose á través de los siglos, y operando una revolución profunda en todas las relaciones de la actividad humana!

Doce hombres se reparten por el mundo: llevan por bandera una Cruz, por lema un nombre, por instrumento un libro; y se reparten: ¡qué locura! para restaurar todas las cosas en Cristo, es decir, para volcar la sociedad entera en virtud del mandato de ese galileo, muerto entre el oprobio y los dolores.

¿Comprendeis cosa más absurda, cosa más imposible, mayor monstruosidad que esta?

¿Á dónde van esos ilusos, ni qué tienen que ver los habitantes de Atenas y Roma con su Cruz, con su Cristo, ni con su Evangelio?

La crítica de los sabios se reirá de esos esfuerzos vanos, y condenará desde luego al ridículo y á la befa empresa tan descabellada.

Pero aquellos hombres no se detienen ante la risa de la incredulidad sabia, y hé aquí que uno

de ellos aparece de repente en medio del Areópago:

«Varones atenienses, les dice, yo vengo á predicaros al Dios desconocido.» Y la sabiduría humana se confunde en presencia de aquel advenedizo, que osadamente la sorprende en medio de las tinieblas de su ignorancia.

Otro de ellos se presenta en el palacio de los Césares, y les grita:

(*Concluirá*).

Francisco Díaz Carmona.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

La condesa Amelia, al Barón Arturo de Prado-Real.

Me es imposible dominar la inquietud que me devora desde nuestra entrevista de anoche, en ese baile al que acudí solo por cruzar con V. algunas palabras.

Sus frases de V. lejos de tranquilizarme me hicieron estremecer, dejándome entrever un horrible drama, del cual, á pesar mío me encuentro siendo la heroína.

No sé cuándo, ni sé cómo adiviné V. que entre Gustavo y yo mediaba el secreto de un pasado amor de niños; de un amor inocente ayer, pero que el mundo pudiera creer culpable hoy, y cuyos recuerdos he querido borrar por completo, exigiendo á Gustavo que me devolviese algunas cartas mías que aun existían en su poder.

Repito que no sé cómo ha sabido V. todo esto, pero el hecho es que sin título alguno para ello se erigió en campeón de mi causa, y á pretexto de una sincera amistad, ha querido obtener por fuerza de Gustavo, lo que mis súplicas y mis ruegos no habían podido conseguir nunca.

Yo tuve la debilidad de aceptar tácitamente sus servicios y el resultado de esto me aterra.

Ayer llegó á mis manos una carta suya, en que me rogaba con insistencia que asistiese á ese sarao, ofreciendo darme en él esas cartas que, según V. decía, estaban ya en su poder.

Con el afán de apoderarme de ellas, desoí los ruegos de mi madre, me espuse á soportar las justas quejas de mi esposo, arrostré en fin por todo, accedí á sus deseos presentándome en el baile de la Marquesa de San Luis.

V. estaba allí, y sin embargo, ¿qué ha sucedido? en un principio pareció que esquivaba el acercarse á mí, obligándome á que yo lo hiciera! despues.... despues me dijo V. algunas palabras que á penas pude entender entre las rá-

pidas vueltas del wals: luego nos detuvimos: detrás de nosotros había un grupo de personas que me eran desconocidas, pero cuyas palabras podían llegar á mis oídos á través de las armonías de la música: hablaban de un desafío; de un joven de nuestra aristocracia mortalmente herido! y el nombre de Gustavo de Peñafiel se mezclaba entre aquellas frases; ¿por qué me separó V. tan bruscamente de aquel sitio? ¿por qué se negó V. á responder á mis preguntas? ¿acaso ese duelo se ha llevado á cabo entre V. y el que le llamaba su amigo? acaso su mano ha vertido la sangre de ese hombre, y he sido yo la causa de ello. ¡Oh! esta idea me aterra y es preciso que me diga V. toda la verdad, es preciso también que me entregue V. esas cartas rescatadas á tan alto precio.

Todo esto hubiera querido decírselo, pero se alejó de mi lado antes de haber tenido tiempo para ello, y dejándome en esta cruel incertidumbre!

Yo le ruego, pues, que aclare mis dudas; yo le suplico que me confiese qué hay de cierto en todo esto, por muy triste que pueda ser.

Ceda V. á mis deseos, y se hará acreedor á la eterna gratitud de—*Amelia*.

El barón de Prado-Real, á la condesa Amelia.

Me pide V., señora, que le descubra toda la verdad, y la verdad entera va á salir de mi labio, aunque al hacerlo pierda una parte de su confianza y acaso toda su amistad.

El temor de causarla un pesar, el miedo de que una palabra, un gesto imprudente hubiera revelado ó dejado traslucir un suceso doloroso, del cual sería yo el responsable, hizo que mi boca enmudeciese cuando nos hallábamos rodeados de la multitud, y cuando más de una mirada curiosa se hallaba fija en nosotros.

Por eso no me acercaba á su lado, por eso retardaba la explicación que yo mismo había provocado, y que deseaba con toda mi alma; por eso separé á V. tan rápidamente del sitio donde podía oír palabras que la hicieran estremecer.

Porque cuando hablaban de un desafío llevado á cabo de un modo misterioso, se refirían á mí; cuando hablaban de un joven gravemente herido, muerto tal vez, se referían á Gustavo de Peñafiel, mi amigo antes, mi contrario desde que adiviné que podía ofenderla á V., ó hacerla al menos sufrir.

Ignora V. por qué medio he sabido el secreto de sus pasados amores con Gustavo y voy á decírselo.

Éramos antiguos compañeros de colegio: nues-

tra infancia habia corrido unida, aunque despues habíamos tomado distinto camino al cruzar los dinteles de la juventud.

Despues de muchos años nos volvimos á ver, y á la simpatía de los niños sucedió la amistad de los jóvenes.

Placeres, distracciones, deseos, todo era comun entre nosotros; sin embargo, mas de una vez habia sorprendido á Gustavo triste y preocupado, sin poder adivinar la causa.

En vano le preguntaba, en vano queria saber el motivo de su melancolia: él guardaba un secreto que yo no podia comprender.

Al fin un dia, cediendo á mis repetidas instancias y á las cariñosas reconvenciones de mi amistad, de su labio se escapó la historia de su pesar, y el enigma quedó resuelto á mis ojos.

Gustavo habia amado á una mujer con toda su alma, y esa mujer le habia sacrificado á un título, y á una posicion brillante.... perdone V., señora, si la hieren mis palabras; pero no hago mas que repetir las frases de mi amigo.

Sin embargo, Gustavo calló el nombre de la mujer que habia destrozado su corazon, y al decirme que poseia cartas suyas, cartas llenas de protestas y juramentos que podian comprometerla, se guardó muy bien de mostrármelas para no vender su secreto. Una noche me hallaba á su lado en el teatro, y de pronto le vi palidecer y fijar sus ojos en un palco que acababa de abrirse, y en el cual penetró una mujer, hermosa como la creacion de un artista, acompañada de una dama anciana y de una niña de pocos años.

Aquella mujer era V., señora.

Observé á Gustavo, y al ver la agitacion que revelaba su semblante, no me quedó duda de la verdad.

Entonces miré á V. con mas atencion, y me pareció imposible que tras un semblante tan perfecto, se ocultase un alma fria y calculadora.

¡Oh! no: en su casamiento de V. debia haber mediado mas que el interés, para que V. olvidase á Gustavo.

Él, sin duda, se habia engañado, ó la habia juzgado con demasiado rigor.

Desde aquel dia no perdí á V. de vista, y anhelé acercarme á su lado para saber si el juicio que yo habia formado de sus altas cualidades era exacto y positivo.

Pero en vano intenté verla ó hablarla. Su esposo entonces acababa de perder la vista, despues de una larga y penosa enfermedad, y V. no recibia á nadie ni frecuentaba la sociedad.

Esperé, pues.

Luego, pasado algun tiempo, tuve la dicha de tratarla.

Recordará V. acaso nuestro primer encuentro y la amistad que la ofrecí.

Como conocia el pasado, fácil me fué adivinar el presente y ganar su confianza. Insensiblemente lo conseguí, y de este modo comprendí que sus cartas, en poder de mi amigo, la inquietaban, turbaban su paz, y me propuse devolverse las.

Ya sabe V. que la empeñé mi palabra de conseguirlo, y que lo lograré al fin, pues hoy están en mi poder.

¡No me pregunte V. cómo ha sido esto! No me pregunte V. tampoco por Gustavo: tuvo la desgracia de amar á V., de anublar por un instante el cielo de su dicha, y los dos no cabíamos en el mundo.

Ahora solo una súplica voy á hacerla. Quiero que me conceda V. una entrevista, para depositar en su mano esos papeles, que he adquirido á tanto precio, y que á los dos pudieran sernos fatales despues de lo que ha ocurrido.

Cuando haya cumplido este deber, cuando haya satisfecho esta aspiracion de mi alma, quizá parta, quizá me aleje para siempre y no nos volvamos á ver.

Entretanto, no olvide V. que espera conseguir esta gracia el que la ha sacrificado su reposo, y estaría pronto á sacrificarla su vida.—*Arturo.*

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

¿Y cuándo, hija del cielo,
Has de entonar el canto de victoria?
¿Las túnicas de gloria
Cuándo te ceñirás? Ya no suspira
Roma desconsolada;
Ya no gime el Cedron; ya complacido
El Padre Eterno, de la faz airada
El ceño descogió, y el universo
Ya trueca en gozo el fúnebre gemido.
¿Y cómo enagenadas
Resuenan las mansiones eternas
Himnos de paz y honor! ¿Y cuál suspiran
Sonidos celestiales
Las harpas de Sion! ¿Y cuál vagando
Cabe Salem la sombra del Profeta
Con bellos cantos enamora al cielo,
Y el Líbano orgulloso se levanta,
Y se cubre de rosas el Carmelo.
Brilló el excelso dia
Del triunfo del Señor. Mancebo alado
Cubierto con nevada vestidura

Sobre el sepulcro de Jesus sentado,
Nuncio feliz de siglos de ventura
Canta el triunfo del Dios crucificado.

Que á la gloria del hombre semejante
No es la gloria de Dios: aquella luce
Cual súbito relámpago.... Un instante
Nacer, brillar, perderse en los sepulcros.
¿Qué les resta á los fuertes campeones
Que hollaron con desden el universo,
Que ataron á su carro las naciones?
Dió un paso el tiempo, disipó su gloria,
Y un sepulcro es su fin.... El pasajero
Huella ignorante la olvidada tumba
De aquel que hizo gemir el mundo entero.

¿Y cómo se levanta
Sobre la gloria del mortal soberbio
La tuya, Dios de paz! Dulce amor mio,
Por mi bien espiraste, que en el cielo
Con la sagrada punta de la lanza
En tu sangre teñida
Padre de amor, el Dios de la venganza
De los hijos de Adán grabó la vida.
Murió Jesus.... mas serenad el lloro,
Hijas graciosas de Sion.... la adelfa
Desenlazed de los cabellos de oro.

El Dios de Abrán, el Dios de los profetas
Cumplió el grande destino
Que antes del tiempo decretó el Eterno,
Y vencedor divino
Quebrantó del Averno
El muro diamantino,
Y libertó á los padres que lloraban
En duro cautiverio
Y su dulce venida suspiraban:
Y de la cruda muerte destrozando
El férreo cetro y ominoso trono,
De vida y luz y majestad cercado
Del sepulcro glorioso se levanta
El Dios Crucificado.

¿Quién inflamara el corazón mezquino
Con el fuego sagrado
Que encienden los ardientes Serafines
De un Dios en el altar! Arrebatado
De la divina inspiración, al cielo
Volara yo..... La bóveda estrellada,
¿Cuál resuenan los cánticos celestes!
¿Cuál retiembla la cítara dorada
Sus cuerdas al herir los coros santos!
¿Y cómo al escuchar los dulces cantos
Naturaleza entera,
Se mueve de placer! y destrozadas
Las losas sepulcrales
Vaga doquier cadáver animado,
Y de dó nace el sol á dó se esconde
Resuena un grito universal.... ¡Oh muerte!
¿Dónde está tu aguijón? ¿Muéstranos dónde?

¿Y tú callas, Judá? de los sepulcros
La muerte se levanta
Y del Señor confiesa la victoria;
¿Y tú callas, Judá, viendo su gloria?
¿Tiembla infeliz! El Dios de las piedades
Ya no es Dios de Israel.... los pabellones
Tiende ya sobre el monte de la vida,
Y á su templo convoca á las naciones.
Mas ¡ay! en contra tuya ¡pueblo impío!
Armó Jehová la diestra omnipotente
Con rayo vengador.... Querube ardiente
Con espada de fuego
Doquier te acosará..... te ha desechado
El Dios de la venganza
Como adúltera vil.... Ha traspasado
El Dios de la clemencia
Á extrañas gentes de Jacob la herencia.
Abrid, abrid del santuario eterno
Las puertas sacrosantas,
Sacerdotes del Dios glorificado:
Y en la cumbre del Gólgota sagrado
Tremolando de Cristo los pendones,
Decid á las naciones:
«Venid, y adorareis al Dios clemente
«De cuya gloria el universo es lleno:
«Decid en su loor dulces cantares,
«Y de malicia el corazón ageno
«Ofreced por ofrenda en sus altares.»

Antonio Aparisi y Guijarro.

LA LECCION DE UNA HERMANA.

Miss Isabel y miss Clara Jackson habian quedado huérfanas en los primeros años de su juventud. Educadas por un tío que no se habia impuesto otro deber que el de amarlas, cada una de ellas habia crecido entregada á sus propias inclinaciones, sin tener mas educación que aquella que les proporcionaban las circunstancias; pero el mundo es un libro peligroso para quien lo estudia sin preceptor, con su inesperienza y sus pasiones; en lugar de leer lo que se encuentra en él, leemos á menudo lo que queremos encontrar, y faltos de un guía que nos reprenda, nuestras prevenciones llegan á ser preceptos y nuestros errores principios.

Esto precisamente habia sucedido á miss Clara. Dotada de una imaginación viva, de una voluntad firme; pero de un carácter absoluto, se habia acostumbrado á no titubear jamás en sus resoluciones, y á mostrarse inflexible para con los demás como era para consigo misma. La intolerancia de la juventud, que no es otra cosa que la ignorancia de la vida, se habia tras-

formado en ella, en una especie de regla de conducta; sentia vivamente, juzgaba segun la sensacion, y obraba sin moderar sus malos y repentinos arranques. Resultaba de esto cierta cosa lógica y leal, pero al mismo tiempo un rigor y una prontitud cuyos resultados se convertian con frecuencia en pesares. La práctica de la vida no le habia enseñado aun, que las mismas virtudes, para ser humanas, tienen necesidad de atemperarse con la ternura y la paciencia.

Felizmente Dios habia puesto á su lado la mas dulce de las advertencias, esto es, el ejemplo de su hermana. Tan animosa como sincera, miss Isabel, era menos implacable. No era uno de aquellos corazones novelescos que no saben doblegarse ni esperar. Contando algunos años mas que Clara, habia aprendido á conocer que la existencia terrestre no es mas que un cambio de indulgencias, de beneficios, de perdon, y que el papel de Radamanto no pertenece á naturalezas mortales. Muchas veces habia detenido á Clara en sus resoluciones extremas; pero la jóven hermana se rebelaba contra las indulgentes amonestaciones de Isabel, y huia consultarla con el fin de evitar las objeciones.

Desde la muerte de su tio, sobre todo, miss Isabel habia llegado á ser el verdadero jefe de la familia, y ejercia este título con una autoridad que Clara no se atrevia á contrarestar; pero á la cual, en ciertas circunstancias, se esforzaba á oponer obstáculos.

Una reciente y dolorosa ocasion se le presentó á propósito de su primo John Bwring.

Protegido por el tio, que habia educado á las dos hermanas, John iba con frecuencia á Larnark para visitarle y habia podido conocer íntimamente lo mismo á Isabel que á Clara. El carácter de esta última le sorprendió primero, y despues le interesó. Dulce y tímido, halló en la firmeza un tanto absoluta de la jóven, lo que faltaba á su propio natural, y tanto mas atraído por una cualidad cuya ausencia en él lamentaba, se unió á su prima y terminó por pedirla la mano.

Las mismas razones de contraste que le habian hecho preferir á Clara atrajeron á esta hacia él, y su demanda fué favorablemente acogida. El casamiento debia verificarse muy pronto, y esperando el dia prefijado se habia establecido una correspondencia entre ambos prometidos. Las cartas de John eran afectuosas, pero generalmente bastante cortas, por lo cual miss Clara le dirigió muy ásperas reconvenciones. El jóven se disculpó con los infinitos negocios de la casa de Edimburgo, á la cual se acababa de

asociar, y con su vista un poco fatigada. Esta última excusa inquietó tanto mas á la jóven, cuanto que John Bwring habia estado amenazado en otra ocasion de una oftalmia grave. Clara se informó con su acostumbrada vivacidad de la naturaleza y de la gravedad del mal; pero John respondió con lijereza y chanceándose, á fin de tranquilizarla completamente.

No obstante, su correspondencia iba siendo mas breve cada dia y mas rara. La época señalada para el casamiento se acercaba, y John pretestó cierto negocio, que le obligaba á aplazarla para mas adelante.

Clara, al recibir esta carta, se ruborizó, luego se puso pálida, y por primera vez sintió en su pecho los efectos de la duda. Incapaz de disfarzarla escribió á John advirtiéndole que su empeño no debia encadenarle, y que si titubeaba en cumplirle, ella no le manifestaria ni despecho ni rencor; pero lo que únicamente reclamaba era la sinceridad.

Bwring solo respondió por medio de un billete que contenia algunas líneas, cuya confusa escritura probaba la precipitacion con que fueron trazadas. Anunciaba á su prima que pasaba á Lóndres para efectuar un negocio que no permitia retardo, y que contestaria á su pregunta cuando estuviera de vuelta. Además, suplicaba á Clara que le esperase y le conservase en su amistad.

Esta carta hirió á la jóven en lo mas vivo del corazon; la brevedad de la respuesta, el aplazamiento respecto á la esplicacion, la especie de contrariedad que espresaba en la carta, todo le persuadió que John se arrepentia de la palabra que habia dado. Isabel la suplicó en vano que no decidiese nada antes de recibir la carta prometida; pero Clara no sabia esperar, y herida en su dignidad, en sus esperanzas y en su inclinacion, previno el golpe con la inflexible resolucion, que le era tan habitual.

Escribió á su primo devolviéndole su palabra, y declarándole que toda alianza entre los dos era desde aquel momento imposible. Daba los motivos de esta resolucion analizando el carácter de Bwring con una franqueza amarga, que no podia consentir un retroceso: la carta era larga, detallada; iba llena de aquella calma aparente que da una indignacion que se contiene. Despues de haberla leído John no podria menos de considerar el rompimiento como definitivo, y de aceptarle por orgullo, sino por inclinacion. Clara, que temia las objeciones de su hermana, y que no se sentia con fuerzas para sostener una nueva discusion sobre este asunto, no le habló nada respecto á la carta, y la entregó á

uno de los criados disponiendo que la echase en el correo.

En tanto que escribió, la animación del pensamiento y el esfuerzo de la voluntad sostuvieron á la joven; mas una vez el acto cumplido, cayó en un profundo abatimiento.

Hacia un año que la unión con su primo estaba convenida; habia acostumbrado á ella su espíritu; sus proyectos de felicidad se juntaron á este pensamiento, habia cifrado en el porvenir todos sus deberes y todas sus alegrías, y ahora era preciso abandonarlo todo como un edificio destruido; buscar en otra parte una familia, y arrancar de su corazón la esperanza que habia depositado. Clara sintió cruelmente tan terrible prueba. Bajo su orgullosa firmeza ocultaba la joven una sensibilidad sincera; prometida á John Bwring, se habia unido á él como al futuro compañero de sus felicidades, y esta afección, que habia sido mucho tiempo un deber, hirió su existencia mas de lo que ella sospechaba.

Por eso su tristeza pareció acrecentarse de día en día, despues de la partida de la carta del rompimiento; no sentia, sin embargo, lo que habia hecho, ni hubiera titubeado en hacerlo de nuevo, porque el dolor no podia desarmar aquel corazón de lo que ella juzgaba el deber; pero su cumplimiento habia abierto en su alma una herida, tanto mas dolorosa, cuanto que debia ocultarla.

Quince dias trascurrieron sin que hubiese recibido noticias respecto á Bwring. Una tarde se hallaba Clara sola en el salón, y mirando desde la ventana el sol poniente. Una lágrima silenciosa corria por su pálida mejilla sin que ella misma lo notara. El ruido que hizo la puerta al abrirse la sacó de su posición cabilosa; enjugó prontamente sus ojos y se volvió; su hermana acababa de entrar.

Esta tenia un semblante alegre, y sin embargo, conmovido: llevaba en la mano una carta, y se aproximó á Clara, á la cual abrazó con ternura.

—Te buscaba, hermana mia, dijo; es preciso que yo te hable.

—¿Qué sucede? preguntó Clara, que temia ya las preguntas acerca de su tristeza, ó algun litigio en favor del primo.

—Tengo una larga confesion que hacerte, dijo miss Isabel, y te ruego que me escuches con paciencia.

—Ya te escucho, hermana mia, replicó la joven siempre desconfiada.

Isabel se sentó, y miss Clara permaneció de pie.

—La carta que John te ha escrito antes de

partir para Londres te ha herido, añadió la primera, y no escuchando mas que á tu descontento, le has respondido.

Clara quiso interrumpir.

—Déjame acabar, continuó vivamente Isabel; tú le has contestado al momento, y una gran parte de la noche la has empleado en escribir esta respuesta, porque tu lámpara no se apagó hasta las dos de la madrugada. ¿Cuándo puedes escribir ignorándolo yo? ¿Presumes que puede sobrecogerte un pesar sin que yo lo conozca, y sin que yo procure prevenir las consecuencias?

—Comprendo tu ternura, hermana mia, respondió Clara violentándose; pero te pido por favor que no volvamos á tratar de este asunto.

—Es preciso, dijo Isabel con tono de dulce firmeza; esa carta que has escrito, Clara mia, era la expresión de un resentimiento amargo, y ella rompía enteramente la proyectada alianza.

—¿De dónde lo sabes?... exclamó la joven.

—Antes que saliese de casa quise leerla, respondió Isabel.

Clara se incorporó con la mirada severa y frunciendo el entrecejo.

—¿Tú! dijo esta.... ¿Y quién te ha dado facultades?...

—Mi amistad, dijo dulcemente la hermana mayor; sé por experiencia lo inflexible que eres en tus resoluciones, Clara; he tenido miedo de lo que has decidido bajo la inspiración de tu descontento. ¡Ay! mis temores no eran infundados. Mi primer movimiento fué venir al punto á combatir una resolución fatal; temí no encontrarte con la suficiente calma para que me oyeses. Luego vacilé, esperé....

—¿Qué quieres decirme entonces? preguntó Clara imperiosamente; ahora que todo está hecho, de qué sirven las reconvenciones? Además te consta, hermana mia, que no me arrepiento de lo ejecutado. Sufro no obstante con la ruina de mis esperanzas; y sufriré mucho tiempo tal vez; mas este dolor no es por arrepentimiento: vale mas romper una cadena funesta antes que nos haya ligado, aun cuando el esfuerzo despedace el alma, que condenarse á llevar eternamente el peso de ella. Con razón ó sin razón yo no quiero unirme mas que á un hombre para el cual sea yo el primer objeto y la mas dulce preocupación. Decidida á consagrarle todas mis afecciones, deseo ser pagada con igual grado de correspondencia. Otras mujeres pueden consentir en ser solamente una parte aislada de la vida de su marido, un objeto secundario á sus distracciones ó sus negocios; no lo apruebo ni lo vitupero, pues cada cual arregla su destino segun su natural; pero yo no puedo, ni deb

aceptar una condicion que labraria mi desgracia y la de los demás. Si hoy John Bwring no encuentra tiempo para hablarme; si el éxito de una especulacion en Lóndres le interesa mas que la opinion que se le pueda tener en Lanark, nosotros no hemos nacido para vivir el uno con otro, porque no podremos entendernos nunca.

—¿Y quién te ha dicho que no te engañas al juzgar la conducta de John Bwring? replicó miss Isabel que habia escuchado á su hermana con una grave tristeza. ¿Estás tan segura de tí misma para condenarle de ese modo á primera vista? Te quejas de los lacónicos billetes de tu primo, de su aparente vacilacion, de su repentino viaje.... Escucha esta carta suya que acabo de recibir.

Isabel desplegó la misiva que tenia en la mano, y leyó lo que sigue:

«Querida prima: hago escribir á otro por no poderlo hacer yo mismo. Es preciso que sepas la verdad. Hace cerca de tres meses que la oftalmia de que me veia amenazado ha llegado á ser cada dia mas grave, y nada he querido participaros. Procuraba engañarme á mí mismo, y sin embargo mis inquietudes iban en aumento. Miss Clara acusaba mi laconismo, y no sabia que cada esquila me costaba un trabajo doloroso. Evitaba apesadumbrarla; pero sus amargas reconvenciones despedazan mi corazon. En fin, cuando ha podido sospechar mi falta de fe, y me ha dejado en la libertad de cumplir ó no nuestra promesa, he debido tomar una resolucion suprema. Un célebre oculista de Lóndres podia solo, me decian, curar mi mal. He querido dirigirme á él como al destino. Si él me condenaba, no queria asociar á tu hermana, á una existencia perdida; y estaba resuelto á quedar solo en mis tinieblas con la esperanza de no permanecer en ellas mucho tiempo. Escribí en consecuencia á Clara una carta, por la cual aplazaba la explicacion hasta mi regreso de Lóndres. En él me hallo todavía, querida prima; pero tranquilizado y casi dichoso! gracias á los socorros del arte, mi mal se disipa, y el sábio que me asiste promete una próxima y completa cura. Cuando me dió esta seguridad, hubiera querido prosternarme á sus pies, pues no era solamente la luz lo que me prometia, sino la vida, una vida de alegría y de ternura, que gozaré al lado de mi amada Clara.

«Trasmítele con precaucion esta carta; he podido evitarle la inquietud, evítale tú la menor emocion dolorosa; que no sea yo nunca para ella la ocasion de una tristeza, puesto que ella no ha sido nunca para mí mas que una causa

de reconocimiento y de felicidad.—*John Bwring.*»

Desde las primeras palabras de esta carta, Clara no pudo detener una exclamacion; la verdad se habia presentado á sus ojos como una luz; pero á medida que la lectura avanzaba, su fisonomia espresaba todas las sensaciones de la sorpresa, del pesar, de la ternura, etc. Todo lo habia comprendido. El noble silencio de John, su generosa indecision, y la especie de aplazamiento, del cual estaba ella tan indignada. Todas sus acusaciones se convirtieron en alabanzas, y tanto como le habia condenado, le ensalzó despues.

Lágrimas de reconocimiento y de admiracion inundaron el rostro de la jóven. Inclined sobre su hermana, la estrechaba entre sus brazos sin poderla hablar; pero de pronto se incorporó. El recuerdo de la carta de rompimiento escrita por ella acababa de preocupar su pensamiento. Dirigida en Lanark, esta carta tenia indudablemente que experimentar algun retardo, y por lo tanto John no podia aun haberla recibido; pero por fuerza la recibiria: mandaria que se la leyeran, y en el momento en que Clara obtenia un testimonio de su desinteres y de su afecion, sufría él la espresion de la injusticia y de la frialdad de la jóven.

Esta idea traspasaba su corazon como un dardo. Se dejó caer sobre una silla, y cubriéndose el rostro con ambas manos:

—¿Qué tienes? preguntó vivamente Isabel.

—¡Ah! Yo misma he matado mi felicidad, exclamó.

—¿Qué quieres decir?

—¡Mi carta, mi carta! sollozó la jóven.

—Héla aquí, dijo la hermana mayor presentándosela abierta.

Clara lanzó un grito de alegría, y se precipitó en sus brazos.

—¡Ah! ¡me has salvado! exclamó.

—Sí, respondió Isabel con dulzura; pero advierte que no se salvan mas que aquellos que se esponen á su pérdida. No olvides jamás este aviso que acaba de darte la Providencia. La verdadera firmeza no consiste en romper, en no vacilar, ó en afrontar los peligros con arrojo. Cuando se trata de juzgar á los demás, se puede creer el bien fácilmente; pero para creer el mal es necesario esperar las pruebas.

(Traducido del inglés.)

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.